

El oficio de contable o el peso de las almas

Dolores Sánchez Durá

Hacer la historia del movimiento comunista es, como mínimo, complejo. En primer lugar, la más inmediata preocupación que asalta al historiador de turno es, de una manera muy especial, el problema de su punto de vista. ¿Acaso es posible que un historiador comunista de origen, por formación y por adscripción militante en su día, pueda sentirse tan ligero de equipaje y tan descargado del peso de la culpa como para osar emitir un ligero baluceo explicativo, acerca de la lógica de la revolución de Octubre? ¿Debe antes que nada nuestro antihéroe purificar su espíritu frente el muro de las lamentaciones, y arrepentirse, para después encarar la negritud del Mordor más ominoso? Algo de esto respira entre los múltiples intereses del *Libro negro*, puesto que en su introducción se nos recuerda que uno de los objetivos centrales de la investigación es que algunos de sus autores, que militaron en la izquierda comunista, intenten comprender cómo pudieron ser tan ciegos como para compartir ciertas adscripciones poco recomendables.

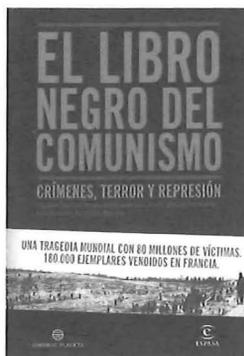
Cada vez es más difícil reclamarse de la tradición jacobina sin recibir una palmada correctiva en la testuz infame; ¿hay que interpretar –ergo– que el punto de vista jacobino –y con él, el bolchevique– ha sido disuelto por el peso de la Historia? Pero, ¿cuál es el peso de la Historia? ¿Sobre quién o qué ejerce su fuerza, y, si lo hiciera, qué clase de volumen, de

qué materia y hacia dónde la desplaza? Preguntas, todas ellas, más allá de la capacidad de respuesta de los mortales, porque con seguridad pertenecen al ámbito de lo celeste.

Quizás las respuestas a estas preguntas, en el mundo sublunar, pertenezcan más al campo del psicoanálisis que al de la historia o, a lo mejor encontrarían ciertas respuestas en la antropología religiosa, en el modo que Freud concibe el sentimiento religioso, como el porvenir de una ilusión ①. Entiende que la ilusión religiosa se alimenta del porvenir, de la esperanza de la redención y de la promisión, y, también de las debilidades del pasado –el desamparo infantil inventa el padre protector y redentor–. De la justificación del pasado –y de sus miserias– se suele encargar la historia, ya sea sagrada o secularizada. También sabemos con Freud que el sentimiento religioso se alimenta del arrepentimiento y de la culpa. El sentimiento de culpa es correlativo al malestar de la cultura; y el citado autor, profundamente pesimista en esta obra, apunta que un mayor desarrollo del proceso de civilización no ha hecho crecer el sentimiento de felicidad, sino el de infelicidad ②.

En general, convivir con el peso del pasado es exigente y casi siempre –dada la naturaleza del género humano– culpabilizador. Incluso, a veces la convivencia con él es imposible y conviene, en parte, deshacerse de la carga terapéuticamente, por un tiempo, para poder seguir adelante.

Freud dedica un amplio excursus en su obra *El malestar de la cultura* al tema de las «megas» que ocupa el territorio del pasado. Toma a Roma, especialmente *la Roma cuadrata*, como territorio de referencia histórico –arqueológico–, para explicarnos una ley general. Las ruinas de su pasado están siempre sepultadas por niveles de cascotes de pasados más recientes. Y, a ciertos efectos, por ejemplo



S. Courtois, N. Werth,
J.-L. Panné, A. Paczkowski,
K. Bartosek, J.-L. Margolin,

El libro negro del comunismo.
Crímenes, terror y represión,
Planeta-Espasa, Madrid, 1998,
865 págs.

① De manera inversa a como piensa Furet que hay que hacer las cuentas propias y ajenas con el comunismo, al entender que su desaparición exige entender el fenómeno desde el pasado de una ilusión, que, aunque profética, «hace de la historia su alimento cotidiano, con el objeto de integrar constantemente todo lo ocurrido en el interior de la creencia. Así se explica que sólo haya podido desaparecer al desvanecerse aquello de lo que se nutría: siendo una creencia en la salvación de la historia, sólo podía ceder a un mentís radical de la historia, que le quitara su razón de ser a ese trabajo de remiendo esencial a su naturaleza». Furet, F., *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Fondo de cultura económica, Madrid, 1995, p.11.

② Freud, S., *El malestar de la cultura*, Alianza Editorial, Biblioteca del 30 Aniversario, Madrid, 1997

ante una ilusión totalizadora que pretendiese reconstruir todos los pasados sepultados, están y permanecerán definitivamente periclitadas, puesto que si pretendemos representar espacialmente la sucesión histórica, sólo podremos hacerlo mediante la yuxtaposición en el espacio, en la medida que éste no acepta dos contenidos distintos.

Sin embargo —continuamos con Freud— cuando hablamos de la vida psíquica adquiere mucha más fuerza y entidad la hipótesis conservacionista, que reformulamos en los términos siguientes: no es posible que el tiempo destruya ninguno de los elementos constitutivos de un presente que ya es pasado.

Aunque el autor nos advierte que, incluso en la vida psíquica, donde la conservación de lo pretérito es la regla, más bien que una curiosa excepción, quizá «habríamos de conformarnos con afirmar que lo pretérito *puede* subsistir en la vida psíquica, que no está *necesariamente* condenado a la destrucción». El subrayado —esencial para la correcta interpretación del texto— es suyo: *puede* y no *necesariamente*. Es toda una lección en cursivas de empirismo y de materialismo ③.

Queremos hacer explícito nuestro interés en utilizar a Freud: además de que visitar Roma de su mano es un privilegio, nuestro objetivo no es otro que reforzar la tesis —que tampoco mantenemos que sea freudiana, *stricto sensu*— de que todo el pasado —si hablamos en términos históricos— no puede ser preservado indeleblemente, primero, porque el cambio de magnitud, tiempo por espacio no nos está permitido, y, segundo, porque, por otra parte, en la vida psíquica el pasado *puede* ser conservado pero no *necesariamente*. Ambas afirmaciones las resumiríamos en una reflexión sobre la naturaleza de la Historia: las relaciones con el pasado que mantienen las personas y las sociedades se mueven entre la ilusión —el deseo— de conservarlo todo, y, lo expresaré, con una metáfora muy del 98, el deseo no menos ilusorio de cerrar con siete llaves el

sepulcro del Cid, porque si no se cierra, el fantasma del Cid no nos dejará llegar a la madurez.

Así pues, entre la asunción y la negación, las sociedades y las personas mantienen difíciles y complejas relaciones con su pasado, su patrimonio, su biografía y su vida. Pero, en este caso, en el de la historia del movimiento comunista y del socialismo real, a esta dupla de por sí difícil de gestionar, se une o se quiere unir, desde intereses muy distintos, un tercer aspecto inquietante: la demonización de todo el pasado comunista, de todos y cada uno de los comunistas que han existido. Uniendo con un hilo de necesidad maldita, experiencias, situaciones, biografías y acciones e intenciones tan dispares en el tiempo y el espacio como: Robespierre, Marx y Engels, Lenin, Rosa Luxemburgo, Dolores Ibárruri, Togliatti, Mao, Stalin, Pol Pot y Fidel. Pero también, Gramsci, Berlinguer o cualquier otro que, aunque a fuer de que significaran e hicieran cosa distintas, por el hecho de haber sido comunistas quedan asimilados a una categoría idéntica. La estrategia de clausura de la ilusión comunista se combina con otra de no menos alcance: comunismo y nazismo dos formas especulares y simétricas, aunque invertidas, de totalitarismo ④.

Al margen de que las mentalidades anti (antisemitas, anticomunistas, antiliberales, antiamericanas), suelen ser reductoras, porque explican el complejo magma de causas estructurales, intenciones y efectos que construyen un hecho social desde una sola variante, que actúa siempre desde la constricción comprensiva, no se entiende muy bien adónde se quiere llegar con este pedir cuentas, *urbi et orbe*, repartiendo certificados de totalitarismo, desde los orígenes hasta nuestros días. Es decir, en términos de usos del pasado: ¿acaso se quiere llegar a que cualquier historiador que se sienta portador del pecado original, oculte sus estigmas con la actitud del arrepentido o con la cobardía del traidor? Ninguna de estas dos actitudes se compadece bien con la ambición

③ *Ibidem*, capítulo I.

④ El espacio limitado de este artículo permite poco margen para introducir alguna que otra reflexión complementaria que permitiría sacar el tema del comunismo del tratamiento dualista del Bien y el Mal, o el del Error total frente a una Razón sin fusuras, como principios separados con límites bien recortados. Todorov, autor citado varias veces por Stéphane Courtois, el editor del libro que comentamos, introduce en su última obra publicada en España *El hombre desplazado*, (Taurus, Madrid 1998), algunos apuntes fundamentales, a nuestro modo de ver, sobre la gestión del pasado. En primer lugar señala tres niveles distintos que requieren administraciones distintas: el de la conciencia colectiva, el de la responsabilidad legal ante la justicia y el de la experiencia de la vida psíquica. Los que hemos vivido experiencias como las de la transición en España, con los herederos de la dictadura pilotando la operación, sabemos que, incluso a veces, el porvenir exige grandes renuncias del pasado. Que el crimen, cuando se multiplica hasta el punto en que lo hace en dictaduras policiales de muy larga duración, se apoya en tantas acciones y omisiones que escapa al castigo mismo; y que la vida psíquica es frágil y los individuos, a veces, necesitan olvidar algunos aspectos que les resultan insoportables.

de verdad que debe de guiar la investigación histórica, como tampoco lo hace el ir a hurgar con deleitación en la basura pasada para mejor arrojársela sobre el rostro de los supuestos responsables por pertenencia a un linaje de unos no menos pretendidos antepasados.

Un historiador templado debe combatir la desazón de lo que Ricoeur llama la presencia incoercible del mal en la Historia e intentar aplicar unos cuantos procedimientos o cautelas, que hagan del tribunal de la Historia algo más cercano a un tribunal de justicia que a un pelotón de fusilamiento. Sirva de ejemplo otro libro de muy reciente publicación que trata de otra contabilidad; la de las víctimas ocasionadas por la guerra civil en España, que se empeña en comprender la génesis y el por qué de las atrocidades cometidas, sin conceder el monopolio de la barbarie a ninguno de los dos bandos en presencia. Los dos se despacharon a gusto ⑤.

Ningún español actual estaría dispuesto a cargar con la culpa y las responsabilidades de las acciones de sus Católicos Reyes que, guiados por su fe cristiana, descargaron las ciudades hispánicas de la presencia de unas cuantas decenas de miles de judíos. Ni siquiera la Iglesia parece dispuesta a asumir que tal acción —de limpieza étnica, *avant la lettre*— tenga algo que ver con su presente.

Y, diría yo, sin ánimo de ofender, si no lo hacen los católicos, ¿por qué deberían hacerlo los comunistas que como todo demuestra eran de peor condición y educación moral que aquéllos? Mi pregunta es: ¿por qué se les exige a los comunistas, indiscriminadamente, lo que cuesta tanto de pedir —incluso de forma individual— en otras situaciones? ¿Es verdad que el comunismo es un todo compacto, en el que cualquiera de sus partes es solidaria y corresponsable con la totalidad? ¿Todas las partes pueden ser responsables de las mismas acciones, intenciones y efectos, a lo largo y ancho de décadas y geografías tan dispares?

Pero entremos en harina: este circunloquio un tanto al modo de la justificación «non

petita» nos debe de servir para situarnos donde estamos. ¿Quién habla del comunismo, desde cómo, cuándo y dónde? Es decir, ¿cuáles son nuestras cualidades para enjuiciar un sistema mundial que sirvió para contrarrestar la enorme potencia de un capitalismo no menos planetario, y mercedor de múltiples condenas en tanto que ferozmente acumulador de beneficios, imperialista, y bastante poco respetuoso con los derechos de los pueblos y de los hombres en cuanto que no tuvieran el nivel de renta adecuado y de las mujeres por el hecho de serlo?

En este caso, aquella que habla del discurso maldito fue miembro muy consciente del Partido Comunista de España. Sin embargo, nada ni nadie me podrá hacer sentir colaboradora de ningún proceso contra Andreu Nin o contra quien ocupe su puesto de víctima, difícil de llenar dada la extraordinaria categoría personal y política del personaje. Es más, cuando formalicé mi afiliación en el PCE conocía perfectamente la altura humana de Andreu Nin y sentía todo el rechazo del mundo hacia las checas estalinistas, hacia Laurenti Beria, la policía cultural de Zdanov y el conjunto de recursos policiales que habían estado al servicio de los procesos y de la represión más horrenda y reprochable.

Sin embargo, el discurso comunista seguía conservando atracción y seducción en los años setenta, cuando numerosos testimonios se habían hecho ya indiscutibles. Este proceso de denuncia que aparece ahora como innovador hacía muchos años que era conocido y compartido. Es cierto que muchos testimonios no se podían consultar, que muchos archivos permanecían cerrados, pero lo fundamental había sido publicado en informes importantes como la propia obra de Trotsky y sus seguidores como Isaac Deutscher y otros, que eran leídos con pasión por la izquierda europea. En el año 1965 se pudo leer en castellano el libro de Marcuse *El marxismo soviético*. Muy poco tiempo después, el libro de Claudín *La crisis del movimiento comunista:*

⑤ Santos Juliá et alii: *Las víctimas de la guerra civil española*, Temas de Hoy, Madrid, 1999.

de la Komintern a la Kominform volvía a poner en claro los efectos antidemocráticos y autoritarios de los dictados panrusos del estalinismo. Y algunos de los procesos de eliminación de grupos sociales que se ponen en evidencia por *El libro negro del comunismo*, sobre todo en la primera parte de Nicolas Werth.

Otros autores vendrían en nuestra ayuda, para definir el carácter policial, burocrático, elitista y nacionalista del estado soviético: Poulantzas, Bettelheim, Mavrikis, Kuron y Modzelewsky, y otros muchos. Existían asimismo obras como las de Orwell, Koestler o London, que ponían en cuestión de manera profunda los mecanismos autoritarios, policiales, represivos y justificadores del aparato de los partidos y sus nomenklaturas respectivas ⑥.

Los comunistas que ingresamos en las filas del partido a finales de los sesenta en países como España no podemos acogernos a la quinta enmienda. Todos y cada uno de nosotros éramos perfectamente responsables de nuestras acciones. Es más, conocíamos, desde la racionalidad y la distancia de la que hacíamos gala como buenos lectores de Marx, la perversión profunda de un sistema basado en la práctica sistemática de la violencia y la represión y en un crecimiento industrial a todo vapor, que se apoyaba en la industria pesada y en el armamentismo. Los que lo defendían, no podían alegar desconocimiento de los hechos, sobre todo, después del XX Congreso del PCUS.

Por lo tanto, seguramente, a pesar de la profunda repulsa de muchos que se vio reafirmada por la invasión en 1968 de Checoslovaquia o por los sucesos de Polonia de 1970, los partidos comunistas en países como España o Italia ofrecían, a la vista de lo que sucedía entonces, la mejor garantía de una rebeldía más que justificada y cuya dignidad me sigue pareciendo a salvo de reparos —¿desinteresados?— del pasado.

Así pues, nada de lo infame impidió

nuestro ingreso orgulloso y desafiante en sus filas. Incluso, en España, veinte años después, podría y debería defenderse con el orgullo y el honor laicos que proporciona la autoridad moral —no comunista, sino azañista— de colocarse «al servicio de la res publica», el hecho de haber militado bajo banderas, hoy, parece ser, casi execrables.

La vida en España ha sido especialmente útil para aprender los mecanismos con los que opera la Historia. Primero, lo que no se escribe, lo que no adquiere verosimilitud pictórica a través del relato, no existe. Por lo tanto, se debe historiar los esfuerzos que los distintos y diversos comunistas realizaron con desprecio de sus vidas frente a los regímenes fascistas o autoritarios, aunque lo hicieran por motivos inconfesables. Segundo, se debe ser consecuente con las bases de la historiografía liberal y no olvidar que las intenciones de los individuos y sus acciones no deben ser anulados por la opacidad de las estructuras «sin sujeto».

Y, por aquí, por la manera de entender la Historia, es por donde queremos abordar la obra que nos ocupa. Vayamos al *Libro negro del comunismo* después de este desahogo —con seguridad de una incorrección política suma, por el que solicito indulgencia al lector, a la vez que por mis muchos pecados de acción y de omisión—. La lectura de este libro de extensión oceánica inclina a diferentes y contradictorias reflexiones. En primer lugar, su escala enorme. El libro tiene más como defecto que como virtud la voluntad de abarcar en su totalidad la mancha negra de la marea del comunismo: desde la Revolución de octubre a la construcción del socialismo en la URSS y su pervivencia hasta la muerte de Stalin —sobre este excelente trabajo de Werth volveremos—, la actividad de la Komintern interviniendo desde los dictados de Stalin, por ejemplo en España, el comunismo como actividad terrorista; la Europa del Este, China, Corea del Norte, Vietnam, Laos y Camboya, América

⑥ Citaremos algunos de los libros cuya lectura fue muy significativa para la izquierda europea. La obra de Marcuse *El marxismo soviético*, Revista de Occidente, Madrid 1968. En España editado por Ruedo Ibérico, pudimos leer el apasionante libro de Fernando Claudín, publicado en París en 1970 *La crisis del movimiento comunista. De la Komintern a la Kominform*. 2 tomos, en el que quedaba expuesto con claridad hasta qué punto los dictados del PCUS habían primado sobre los intereses regionales y de qué formas se había perseguido la disidencia política. Capítulo aparte merecen las numerosísimas obras publicadas por Maspero/Seuil, en los años sesenta y primeros setenta, sobre La URSS. Desde *la Historia de la Revolución rusa de Trotsky*, Rusia después de Stalin de I. Deutscher; hasta *Carta dirigida a los dirigentes de la Unión Soviética* de A. Soljenitsyn o el libro de Charles Bettelheim *Les luttes de classes en URSS, 1917-23*, publicado en la citada editorial en 1974, en el que se analizan muy minuciosamente los conflictos entre el partido bolchevique, Lenin y el campesinado. Ruedo Ibérico también se distinguió por una línea de publicaciones sobre temas socialistas claramente antisoviéticas, por ejemplo, el libro escrito por los polacos Modzelewsky y Kuron, *¿Socialismo o burocracia?*, Ruedo Ibérico, 1968.

Latina, Africa y, por último, Afganistán. Esta voluntad omnicomprensiva del libro se justifica por una necesidad contable.

En la introducción «Los crímenes del comunismo», que firma el editor de la obra Stéphane Courtois, se establece el siguiente prontuario de crímenes contra las personas de los cuales se responsabiliza al comunismo:

- URSS, 20 millones de muertos
- China, 65 millones de muertos
- Vietnam, 1,1 millón de muertos
- Corea del Norte, 2 millones de muertos
- Camboya, 2 millones de muertos
- Europa oriental, 1 millón de muertos
- América Latina, 150.000 muertos
- Africa, 1,7 millones de muertos
- Afganistán, 1,5 millones de muertos
- Movimiento comunista internacional y partidos comunistas no situados en el poder, una decena de millares de muertos

Total: 100 millones de muertos ⑦.

El citado autor afirma más adelante que no tienen el propósito de establecer «no se sabe qué aritmética comparativa, qué contabilidad por partida doble del horror o qué jerarquía de la crueldad. Sin embargo, los hechos son testarudos y ponen de manifiesto que los regímenes comunistas cometieron crímenes que afectaron a unos cien millones de personas, contra unos 25 millones de personas aproximadamente del nazismo».

Sin embargo, aquí sí la preterición como recurso retórico –recordemos a Cicerón que anunció que no iba a hablar de los crímenes de Catilina, aunque a continuación los largó todos y cada uno de ellos, para desesperación de innumerables generaciones de estudiantes– apenas encubre un segundo las auténticas intenciones del autor, que no son otras que establecer una tesis esencialista sobre la maldad intrínseca del comunismo como sistema, y lo que aparece enseguida como obvio, desde las primeras intenciones de su inventor que no fue otro que Lenin.

Veamos, muy pocas líneas después afirma: «Y aunque muchos partidos comunistas han reconocido *tardíamente* los crímenes del estalinismo, en su mayoría, no han abandonado los principios de Lenin y tampoco se interrogan sobre su propia implicación en el fenómeno terrorista» ⑧.

Efectivamente, muchos no nos interrogamos sobre nuestra propia implicación en el fenómeno terrorista, porque nos sentimos deudores de políticas que, como en España en los años cincuenta, propiciaron entre el horror y la desesperación de la durísima represión franquista el abandono de la lucha armada y la reconciliación nacional; para desde la clandestinidad, la tortura y la cárcel, defender los legítimos fundamentos de la democracia en España: la II República española y su desdichada suerte, la causa de los aliados frente al nazismo, que fue derrotado, pero dejó secuelas muy duraderas, y la causa no menos importante de las clases desposeídas de libertad, educación y riqueza, que parecen no tener nada que ver en esta historia que hace «countable» lo que es «uncountable» ⑨.

No negamos ni uno de los datos aportados por el texto. Incluso, sentimos la misma vergüenza y culpa por su suerte que el autor. Solamente nos interrogamos acerca de la utilidad de hacer homogéneo lo que no lo es. Por ejemplo, los muertos a consecuencia de las hambrunas ¿son sólo víctimas de los crímenes comunistas o eran, en cierta manera, no con la maldad intencional anticampesina que se le supone al régimen, producto –además– de la propia acción de las leyes naturales, conjugada con la desorganización productiva efecto de la guerra y la revolución? La contabilidad ¿incluye los efectos de la crueldad que desde tiempos remotos caracterizaban a las relaciones entre el campo y la ciudad, en sociedades tan dispares de la rusa como la española?

Pero nosotros no nos reclamaremos de la retórica de la preterición, para hacer el alegato de la defensa en esta especie de causa gene-

⑧ *Ibidem*, p.19

⑦ *El libro negro del comunismo*, op. cit, p. 18.

⑨ Utilizamos el inglés, porque hace visible en la lengua –sin la doble lectura que introduce la versión española– lo que queremos expresar: el mal es «uncountable»; los crímenes son «countable». En español, la traducción es contable e incontable, es decir que se solapa con narrable e innarrable. Tampoco se puede narrar ni historiar el mal, aunque sí los males, que suelen ser incontables.

ral. Primero, porque aceptamos todas las pruebas del fiscal. El libro no miente. Sólo hace pasar por semejante lo que no lo es de la misma forma. Y equipara situaciones concretas tan distintas, enmarcadas en pasados y prácticas tan distantes, con elementos culturales específicos que cualquier antropólogo hubiese tenido en cuenta, que hace muy difícil cualquier análisis concreto de la situación concreta. Por ejemplo, no tener en cuenta los escenarios de guerras anticoloniales de los movimientos de liberación de Indochina o de la propia China en el mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial, no parece ayudar a una mejor comprensión de las mil y unas razones de la historia. Lo mismo decimos de Argelia o de América Latina.

Sin embargo, un esencialismo atemporal justificado con una construcción narrativa historicista, desde Lenin –y sus orígenes– hasta nuestros días, el comunismo es portador del mal, hace que a veces la lectura provoque la estupefacción del lector de izquierdas y, supongo, que fascinará en la misma medida al de derechas, puesto que lo sitúa del lado de la Razón –con mayúscula y singular– de la Historia, entendida ésta desde un topos olímpico y teleológico; es decir, cargado de razones desde los fines ideológicos y desde el fin del comunismo soviético.

Nuestro propósito es ceñir la reflexión especialmente a la primera parte «Un estado contra su pueblo. Violencias, temores y represiones en la Unión Soviética» de Nicolas Werth. Vaya por delante el reconocimiento hacia la factura documental del texto. La consulta de fuentes hasta hace poco de difícil o imposible consulta –por ejemplo, los fondos del CRCEDH, Centro ruso de conservación de la documentación histórica contemporánea– arroja nuevas luces sobre procesos ya descritos y los hace aparecer con una especial crudeza. Aunque mantenemos algunas distancias con las intenciones generales del libro, sin embargo, compartimos casi todo lo que

contiene esta primera parte sobre la construcción y la consolidación estalinista del estado soviético, a pesar de que se le puedan formular algunas cuestiones en las que entraremos más adelante

En el texto de Werth se aprecia el extraordinario giro hacia la violencia y la crueldad que desde el principio inviste el proceso revolucionario, la guerra civil y los posteriores pasos hacia las requisas de las cosechas, las hambrunas, la deskulakización y las colectivizaciones que siguieron a la NEP tras el Gran Giro, emprendido por Stalin desde 1929.

Todo el proceso está reconstruido con minuciosidad y como en las tragedias, avanzando desde el origen los elementos que harán desencadenar el drama. Señala Werth que de la revolución Octubre se han escrito tres relatos: el liberal, revolución auspiciada por un golpe de estado violento llevado a cabo por un grupo de revolucionarios profesionales fanáticos y cínicos que se aprovecharon de la pasividad de la sociedad y, sobre todo, de la de las masas campesinas; el bolchevique, que ha destacado siempre la ineluctabilidad del hecho revolucionario, que estaba inscrito en el propio itinerario emprendido por las masas en su justa rebelión contra una situación de una extraordinaria injusticia, agravada por la I Guerra Mundial, y que fue interpretado y gestionado por la minoría bolchevique que se mantenía atenta a las necesidades de la mayoría de la sociedad; el tercer relato pertenece a una corriente historiográfica más desideologizada. Citando a Werth que, a su vez, cita a Marc Ferro: «La insurrección de octubre de 1917 pudo ser, a la vez, un movimiento de masas y haber participado en él un número pequeño de personas» ⑩.

Pues bien, en esta batalla por el relato, el citado autor parece inclinarse por esta tercera vía que describe de una manera muy precisa. La Revolución de Octubre sería la convergencia de dos movimientos: uno de toma de poder político por la minoría ya descrita y una vasta

⑩ *El libro negro del comunismo*, op. cit., pp. 54-68. El primer capítulo de la parte escrita por Werth «Paradojas y malentendidos de Octubre» es, a nuestro entender, junto con las conclusiones, lo más interesante del libro, porque, además de enumerar hechos, describir escenarios de represión y acumular cálculos de víctimas, se permite interpretaciones extremadamente sugerentes.

revolución social, uniforme y autónoma. Sus manifestaciones serían, primero, una vasta revuelta campesina que hunde sus raíces en un pasado de profundo odio al terrateniente y una profunda desconfianza del campesinado hacia el mundo exterior, hacia la ciudad y hacia la injerencia estatal. Luego, en el verano y otoño de 1917 se producen tres oleadas de descontento más: la descomposición del ejército, sobre todo porque el patriotismo de los campesinos soldados no va más allá del horizonte de su pequeña comunidad rural; la cristalización de un movimiento obrero muy reivindicativo que, aunque sólo representa a un porcentaje muy pequeño de la población, supone la condensación de lo urbano y de la modernización económica puesta en marcha en las décadas anteriores, y, por último, la oleada de reivindicaciones de autonomía e independencia por parte de las nacionalidades y de los pueblos alógenos sometidos a lo largo de la edad moderna por el imperio ruso.

En el fondo el análisis no añade nada fundamentalmente nuevo al propio que hizo Lenin en las famosas Tesis de Abril y que concretó en las no menos afortunadas consignas: pan, paz y tierra. Sin embargo, los matices son importantes y extraordinariamente sugerentes; por ejemplo, el estudio del perfil de las aspiraciones del campesinado que confunde el mensaje bolchevique con sus ancestrales deseos de reparto igualitario. Ilusiones que subyacen en muchas comunidades rurales de estructura tradicional que también conectaron en la España de 1936 con los mensajes milenaristas del anarcocolectivismo; un campesinado que, después de la toma del poder bolchevique, persistirá en sus costumbres de vida agraria, que empiezan y acaban en los límites del horizonte cultural de su pequeña comunidad, para desespero de los comunistas que aspiraban a una rápida transferencia de riqueza desde el campo a las ciudades.

El choque de ambas culturas, la rural y la urbana, en la que la industrialización había

irrupido con una fuerza extraordinaria y donde las condiciones de vida eran especialmente duras, aunque los núcleos obreros situados en su auténtica escala sólo eran una minoría insignificante, fue particularmente brutal.

En el análisis de Werth resuena algo de las varias revoluciones superpuestas en 1789 en Francia que Furet y Richet canonizan en sus trabajos ⑩. La propuesta de lectura que nos hace es especialmente abierta y sitúa a Lenin y a los bolcheviques sobre este mosaico de conflictos, de líneas de enfrentamiento y rupturas, a la par que de continuidades y pervivencias, como, por ejemplo, la propia construcción del territorio imperial a lo largo de expansiones, guerras, colonizaciones, roturas y anexiones, que es un movimiento centrípeto de larga duración hasta que parece entrar en una espiral centrífuga.

Lenin y los bolcheviques representan en esta tragedia el papel inverso del «deus ex machina»: la voluntad de hierro de alterar las condiciones objetivas para hacerse con el poder. Es impresionante la conversación que el dirigente menchevique Abramovich mantuvo en agosto de 1917 con Dzerzhinsky, el que fue todopoderoso jefe de la Checa, y uno de los personajes más negros de esta historia:

«-Abramovich, ¿te acuerdas del discurso de Lasalle sobre la esencia de una constitución?

-Por supuesto,

-Decía que toda constitución está determinada por la relación de las fuerzas sociales en un país y en un momento dados. Me pregunto cómo podía cambiar esa correlación entre lo político y lo social.

-Pues bien, mediante los diversos procesos de evolución económica y política, mediante la emergencia de nuevas formas económicas, el ascenso de ciertas clases sociales, etc., todas esas cosas que tú conoces perfectamente, Feliks.

-Sí, ¿pero no se podría cambiar radical-

⑩ Furet, F. y Richet, D., *La revolución francesa*, Rialp, Madrid, 1988.

mente esa correlación?, ¿por ejemplo, mediante la sumisión o el exterminio de algunas clases de la sociedad?».

Werth nos dice que «una crueldad de este tipo, fría, calculada, cínica, fruto de una lógica implacable de “guerra de clases”, llevada hasta su extremo era compartida por numerosos bolcheviques» ⑫.

La I Guerra Mundial, con sus vejaciones, las movilizaciones masivas, el deterioro de las condiciones materiales de vida, acrecentarían de manera enorme el poder explosivo de las contradicciones en el seno del pueblo. A partir de ese momento, toma del poder y violencia de masas se confunden. Por un lado, paradójicamente, el golpe de Estado en los centros neurálgicos se hace con una relativa facilidad, por otro, en el territorio de las isobaras metafóricas que crea el movimiento y el impulso revolucionario, los conflictos, las resistencias y los actos de violencia, empiezan a multiplicarse muy pronto.

Todo ello nos lleva a plantear un primer dilema. El de la continuidad y la discontinuidad, que no es otro que el del cambio y la permanencia en esta historia. Werth apuesta con algún matiz por la estricta continuidad entre la política leninista y la estalinista. De alguna manera el periodo leninista se convierte en un escenario de prefiguración de lo que luego serán las principales políticas represoras estalinistas.

El leninismo es el corto espacio de tiempo –apenas 6 años– en el que se ponen a punto todos los instrumentos de exacción y coerción que configurarán la última ratio del estado soviético.

En este punto, es interesante ver cómo el autor teje su propia narración de los hechos, desplazándose desde un primer planteamiento interpretativo, admirablemente construido, a su particular descenso a los infiernos. Creo que de forma muy lúcida procura hacer hablar a los propios informes, a las voces de los informantes, a las órdenes emanadas desde el centro, a los recuentos de atrocidades, para con-

feccionar su alegato contra Lenin, en particular, y los bolcheviques, en general ⑬.

Lenin aparece como el último responsable del giro hacia la dictadura del proletariado en términos literales. Se destaca su cinismo, su crueldad innecesaria, su odio a los intelectuales, su desprecio –casi orteguiano– por las masas, a las que incita a la violencia revolucionaria, para luego sujetarlas a través del crecimiento exponencial de la policía política, la temible Cheka. Su ausencia total de aprecio por la democracia «formal o burguesa», pero también el poco respeto a las decisiones mayoritarias en el seno de los soviets, de los sindicatos o del propio partido. Su decisión de anular progresivamente a los mencheviques, a los eseristas de derecha, primero, de izquierda, después, a los anarquistas, es decir, a cualquier forma de oposición existente da la medida de su estatura política y moral ⑭.

En este sentido, las prácticas de los años leninistas sin alcanzar la exasperación del estalinismo de los años del gran Terror, constituyen el arsenal de los recursos disponibles, ya asumidos y puestos en práctica por los funcionarios del partido, las élites políticas, que impusieron la dictadura del partido sobre la del estado.

En primer lugar, la requisa de las cosechas, en el marco de la economía de guerra, pero que configurará un estilo, unas prácticas que serán las que se continuarán en 1929 y posteriormente, cuando la colectivización forzosa dio lugar a sucesivas hambrunas. Las formas de eliminación progresiva de la oposición, la eliminación indiscriminada de enemigos adscritos a categorías sociales: kulaks, burgueses, clero, intelectuales contrarrevolucionarios, cosacos, sospechosos de ser enemigos del pueblo. La puesta en marcha del universo concentracionario y sobre todo la puesta a punto de un concepto de la justicia revolucionaria completamente subordinada al ejecutivo y a la política de interior.

Cabe preguntarse el porqué de este vértigo de crueldad y violencia. Los múltiples

⑫ El libro negro del comunismo, op. cit.

⑬ A pesar de que compartimos lo fundamental de sus conclusiones, se le podrían formular algunas preguntas: hay abundantes textos de Lenin que comunican su auténtica preocupación por las protestas campesinas. El giro de la NEP, en aquel contexto de extraordinaria agudización de las contradicciones y de legitimación por parte del partido de las exacciones, está, poco explicado. Como si fuera una vez más una acción emprendida desde el cinismo y la crueldad, y nada más. En la obra citada de Bettelheim, *Les luttres de classes en URSS*, encontramos muchos testimonios de que el cambio de la NEP se debió a un importante debate en el seno del partido bolchevique, en el que Lenin acabó reconociendo que Bujarin había tenido razón en cuanto a sus pronósticos pesimistas sobre los efectos económicos de la economía de guerra con su conselación de requisas y represiones. Vid, op. cit, capítulo III.

⑭ La imagen de Lenin se construye desde la condena y una cierta demonización; nunca se aporta nada que pueda hacer dudar de sus intenciones, siempre perversas. Lenin cuenta con una inmensa obra publicada, en la que se reflejan sus preocupaciones, casi día a día. Sus escritos, que contienen sus intenciones, sus justificaciones y sus propósitos, deberían ser contrastados, en la medida que las investigaciones lo permitan, con los efectos reales de sus acciones. En este sentido, Werth aporta poco, más allá de la evidente repugnancia que siente por el personaje.

paralelismos trazados entre las dos revoluciones modernas más estudiadas y más universalistas, puesto que sirvieron de modelo ante ojos que miraban desde horizontes muy diferentes: la francesa y la rusa, no obvian esta quiebra en el proceso de pacificación que había supuesto para Francia el siglo XVIII y, también, el siglo XIX, aunque manteniendo un contexto de crueldades y miseria muy diferentes, en Rusia.

Chartier destaca cómo la Revolución francesa rompe una tendencia en el proceso de civilización que había soslayado la violencia como primera línea de contacto entre los grupos sociales distintos o entre el estado monárquico absolutista y los súbditos ¹⁵. Sin embargo, como también dice Freud, para aportar razones que mueven a los individuos a romper con el pasado: ¿de qué nos sirve, por fin, una larga vida, si es tan miserable, tan pobre en alegrías y rica en sufrimientos, que sólo podemos saludar a la muerte como feliz liberación? Reproducimos aquí el texto en su integridad porque explica más y mejor de las intenciones de las revoluciones que las estadísticas habituales sobre el precio del pan o la carestía de los productos básicos. Dice este autor en la obra ya citada, y con ello retomamos el principio de nuestra reflexión sobre los usos de la Historia:

«Parece indudable, pues, que no nos sentimos muy cómodos en nuestra actual cultura, pero resulta muy difícil juzgar si –y en qué medida– los hombres de antaño eran más felices, así como la parte que en ello tenían sus condiciones culturales. Siempre tendremos a apreciar objetivamente la miseria, es decir, a situarnos en aquellas condiciones con nuestras propias pretensiones y sensibilidades, para examinar luego los motivos de felicidad o de sufrimiento que hallaríamos en ellas. Esta manera de apreciación, aparentemente objetiva porque abstrae de las variaciones a que está sometida la sensibilidad subjetiva es, naturalmente, la más subjetiva que pueda darse, pues en el lugar de cualquiera de

las desconocidas disposiciones psíquicas ajenas coloca la nuestra. Pero la felicidad es algo profundamente subjetivo. Pese a todo el horror que puedan causarnos determinadas situaciones –la del antiguo galeote, del siervo en la guerra de los Treinta Años, del condenado por la Santa Inquisición, del judío que aguarda la hora de la persecución–, nos es, sin embargo, imposible colocarnos en el estado de ánimo de esos seres, intuir los matices del estupor inicial, el paulatino embotamiento, el abandono de toda expectativa, las formas groseras o finas de narcotización frente a los estímulos placenteros o desagradables. Ante situaciones de máximo sufrimiento también se ponen en función determinados mecanismos psíquicos de protección» ¹⁶.

Alexis de Tocqueville da una respuesta muy convincente al porqué de la Revolución francesa: primero, la revolución no habría sido nada más que una consecuencia inscrita en una larga tendencia de la peculiar configuración del estado francés: un proceso de progresiva y duradera centralización y ocupación institucional de cualquier ámbito de la sociedad, sin permitir la coexistencia de contrapoderes. De ahí que Tocqueville contraponga la auténtica democracia de América a lo que para él no es sino un fortalecimiento del estado en Francia. Precisamente, la extraordinaria cercanía social y cultural de los privilegiados y los no privilegiados hizo que la desigualdad jurídica se hiciera intolerable y propiciase un enorme estallido de la violencia que se había contenido durante los siglos XVII y XVIII ¹⁷.

La Revolución rusa puede ser sometida a un esquema interpretativo conceptual de corte similar, aunque nada tengan que ver ambas situaciones, evidentemente; el zarismo había producido una determinada construcción del estado fuertemente centralizado y unas prácticas de sometimiento de la sociedad peculiares; por ejemplo, las penitenciarias –como documenta Dostoievski en su novela *Recuerdos de la casa de los muertos* ¹⁸– no sólo las prefigura Lenin, sino que pertenecen a formas de

¹⁵ Chartier, R., *Les origines culturelles de la Révolution Française*, Seuil, Paris, 1990.

¹⁶ *El malestar de la cultura*, op. cit., pp. 65-66.

¹⁷ Alexis de Tocqueville, *El Antiguo régimen y la revolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.

¹⁸ Con esto no queremos justificar lo que se hizo después. Santos Juliá advierte en la parte introductoria del libro *Víctimas de la Guerra Civil* que a veces las explicaciones de los hechos que van a bucear en la larga duración de las tendencias acaban justificándolos como ineluctables o refugiándose en la etnopsicología. Efectivamente, nada obligaba a los bolcheviques a comportarse violenta y cruelmente; sin embargo, no podemos evitar el hecho de que las pautas, las conductas, las prácticas, no se producen *ex novo*, sino que se concatenan con una determinada lógica con su pasado. El presente contiene al pasado. Desde este punto de vista hay que interpretar lo que estamos diciendo acerca de la Revolución rusa.

extrañamiento ya ensayadas e, incluso, formaban parte de la manera de colonizar los nuevos territorios. La crueldad y la violencia son una constante forma de expresión de los conflictos sociales y de las relaciones personales y familiares –no estamos hablando de un *Volksgeist* ruso, cruel y violento–, que el propio Gorki señala a lo largo de toda su obra. El desprecio a los mujiks a los que se considera como en estado de semianimalidad sobre todo en las ciudades es puesto de manifiesto por muchos autores. El enorme territorio todavía no había acabado de colonizarse y las poblaciones nómadas y seminómadas convivían con ciudades tan civilizadas como San Petesburgo. Cuando la I Guerra Mundial erosiona el compacto estado centralizado a lo largo de siglos y en crisis desde 1905, los bolcheviques provistos de una sólida voluntad de poder asaltan una fortaleza aparentemente vacía. Ocupan el centro del estado y desde ahí se ven envueltos en una prolongada guerra civil que impregna toda su obra de sangre, de represión y de violencia.

Los bolcheviques son una minoría extrema y, a su vez, desconfían de sus posibles aliados, se encaraman a un inmenso estado con el ánimo de no ser engullidos por el vastísimo mar que divisan desde la torreta de mando. De hecho el talante que guía sus pasos, que impregna sus prácticas, es una mezcla de deseo de cambiar radicalmente todo lo preestablecido, considerado contrarrevolucionario, y reelaboración del pasado; de reedición de una nueva nomenclatura, que calca sus privilegios de los disfrutados por los muy poderosos funcionarios zaristas, y reformulación de un despotismo de nuevo cuño entre ilustrado y autocrático; de desprecio hacia las masas campesinas y desconfianza hacia cualquier forma de organización libre de los diferentes grupos sociales que les hace responder a cualquier conflicto con mecanismos de violencia indiscriminada. En pocos años la tendencia de siglos de fortalecer un gran aparato de estado desde el que controlar

el muy extenso y multiforme territorio, se convierte en una realidad que ha culminado el gran proyecto imperial ruso.

Werth considera que los bolcheviques libraron una guerra contra su propio pueblo y que ese fue el precio de la construcción del socialismo en un solo país: producto fundamentalmente de la locura de Lenin y los suyos. Dijimos antes que, a pesar de nuestra admiración por la primera parte de este libro, le podíamos hacer ciertas preguntas. Primero, ¿es posible volver del revés el argumento de que la voluntad de hierro leninista pudo acabar imponiendo un sesgo individual y propio a un fenómeno tan complejo y tan vasto como la revolución rusa? ¿Compartían todos los bolcheviques de manera uniforme las posiciones de Lenin? ¿Eran acaso todos cínicos, crueles y un poco sádicos? ¿Por qué? ¿Un proceso de tales características se hubiera dado igual *urbi et orbe*, dada la intrínseca maldad de la teoría? ¿Hay que insistir más en las líneas de continuidad o en las discontinuidades entre el primer y el segundo periodo?

Werth sale al paso de tales cuestiones: «Ese bosquejo –dice en las conclusiones– constituye una primera etapa en el establecimiento de un inventario de cuestiones sobre las prácticas de la violencia, su recurrencia y su significado en diferentes contextos» ⑩. Un inventario, efectivamente, plagado de crueldad, violencia y derrotas de cualesquiera sean o hayan sido las esperanzas e ideales de emancipación.

Al acabar la lectura del texto no se sabe bien qué hacer. Intentar, de nuevo, la revolución, a ver si unos nuevos actores salen de mejor calaña, o plegarse al destino ineluctable de la raza maldita de los hombres. Es decir, a la Historia sagrada.

⑩ El libro negro del comunismo, op. cit., p. 299. Werth en sus conclusiones tiene más cuidado en identificar leninismo y estalinismo. Habla de contextos y configuraciones distintas para el Terror rojo de la primera época y para el estalinismo. Sin embargo, en cuanto a la guerra contra el campesinado no ve grandes diferencias.